

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

LA UNIVERSIDAD AMERICANA

CONFORME hemos prometido reiteradas veces en artículos anteriores, empezaremos a hablar hoy de la situación de la Universidad americana. Para ello, manteniendo el punto de vista personal, directamente vivido, al que se procura ser fiel en toda esta serie de artículos, vamos a tomar como ejemplo la Universidad en la que trabajo, la Universidad de California.

El ejemplo, aparte de mi pertenencia a ella, es, objetivamente considerado, muy pertinente, por tratarse de la experiencia educacional en gran escala reconocida como la más avanzada. En efecto, en la amplia investigación prospectiva que bajo la rúbrica general de «Plan Europe 2000» y, concretamente, del «Projet Education», se está llevando a cabo por la Fondation Européenne de la Culture (con sede en Amsterdam, y a cuyo Comité Científico perteneczo), uno de los estudios previstos desde el principio (1969) fue el del sistema de enseñanza en el Estado de California. Esta elección, en cuanto indicativa de lo que puede ser el futuro europeo, se justificaba porque, según declaración literal, «la región del mundo más avanzada en el dominio de la enseñanza parece ser, claramente, California. En este Estado americano, el desarrollo económico, extremadamente rápido en el período de la guerra y la postguerra, ha sido acompañado, en efecto, de un desarrollo concomitante del sistema de enseñanza media y superior. Hoy las tasas de entrada y salida de la enseñanza superior en ese país son las más elevadas del mundo, y lo mismo debe ocurrir, verosimilmente, en lo que concierne al porcentaje del producto nacional consagrado a la enseñanza».

La Universidad de California es, naturalmente, mucho más reciente que las grandes Universidades del Este (Harvard, 1636, Yale, 1701, Princeton, Columbia, que en principio se llamó King's College, etcétera), las cuales eran privadas, confessionales y continuadoras, a su modo, del modelo inglés. Las Universidades estatales, la más importante de las cuales fue, al comienzo, la de Virginia (fundada por Jefferson), introdujeron el

principio, pronto generalizado, de la neutralidad religiosa; y John Hopkins (1876), de Baltimore, la influencia alemana. La Universidad de California fue fundada, como tal Universidad, en 1868; partiendo del llamado College of California; y hasta 1873 no fue trasladada de Oakland a Berkeley, su campus más antiguo. (Los otros ocho campus son modernos y algunos, según vimos en artículo anterior, muy recientes. De todos ellos y de los 19 State Colleges se compone el complejo de la enseñanza superior estatal. Stanford, en California del Norte, y la University of Southern California en Los Angeles, son privadas. Existen además varios City Colleges y una porción de Junior Colleges y Colleges privados).

En las Universidades americanas existió siempre, y subsiste, una tensión, mayor o menor, entre el Faculty o Claustro de Profesores y quienes las gobiernan, la junta de los «Trustees» o Regentes, como se denominan, según se trate de universidades privadas o estatales; con el Presidente de la Universidad, nombrado por aquella junta y, con frecuencia, en medio de una y otra presión. La llamada «revolución de Berkeley» (1919) consistió en la conquista de la autonomía profesoral frente a la Administración. Este principio de la «academic freedom» o libertad académica es el que, por modo abstracto, irrealista, siguen propugnando los profesores «liberales» de hoy, que continúan mentalmente instalados en aquellos tiempos, como si nada hubiese ocurrido desde entonces, como si de veras la Universidad fuese un ámbito neutral, ajeno a la lucha por el poder y a todo cambio político-social, y dedicado con absoluto desinterés a la investigación y enseñanza de la Verdad (así con mayúscula, mejor).

Lo cierto es, sin embargo, que la Universidad americana, en contraste con la europea, fundamentalmente teórica, empezó muy pronto a abrirse a la realidad social circundante e, inspirada en el principio filosófico del pragmatismo, a ser «útil», a aplicarse a la acción. (Por ejem-

plo, el fabuloso desarrollo de la agricultura californiana sería difícilmente concebible sin el servicio que le ha sido prestado por los estudios llevados a cabo en la Universidad de California de Davis y Riverside). El tránsito de la universidad pragmática a la universidad tal como aparece hoy configurada, se ha producido en los últimos decenios, del modo más natural, con la constitución de la «sociedad tecnológica».

A nosotros nos cuesta trabajo entender la Universidad americana porque vivimos todavía en un país en vías de desarrollo (de desarrollo ficticio o producido «desde fuera», por inversiones extranjeras). A un país así corresponde la vieja universidad clásica, metafísica (como en otra ocasión la llamé), especulativo-represiva, que ensaya, tímidamente, su pseudoliberalización y el desarrollo de la ciencia positiva y que, tras esa ociosa cobertura, no sirve más que para la ratificación de la discriminación social y para la formación verbalizante de los reemplazos directores de nuestra satelitizada sociedad.

La América de la posguerra, y California en especial, se ha convertido en una sociedad tecnológica. (Lo que no obsta a que subsistan minorías marginadas, excluidas realmente de ella). Se entiende por sociedad tecnológica la organizada por medios rigurosamente racionalizados, en gran medida automatizada, que aplica saberes cibernéticos y de teoría de la información y se sirve, cada vez más exclusivamente, de una mano de obra sumamente calificada por su alta preparación técnica.

En California se da una correspondencia exacta entre la instalación o traslado allí de las industrias más modernas y poderosas, la creación de los llamados «think tanks» o «fábricas» de tecnólogos especializados (Rand Corporation es, entre muchas, la más conocida, para no hablar de Caltech, el Instituto Tecnológico de California, en Pasadena, rival de M.I.T.), y la transformación de la Universidad de California en casi puramente tecnológica (en la que los estudios

de Humanidades en general, y no digamos los de literatura, retroceden en importancia). Llamo «universidad tecnológica» a la organizada en forma estrictamente empresarial, como una enorme industria —«industria de la educación»— para la «fabricación» de ese saber tecnológico, inmediatamente aplicable, y de la correspondiente mano de obra —o «manpower»— que la sociedad industrial necesita perentoriamente y a través de cuya formación (o deformación) integra en su seno.

El anterior Presidente de la Universidad de California, Clark Kerr, describió en una obra titulada, muy adecuadamente, «Los usos de la Universidad», este nuevo tipo de universidad, para la que inventó la apropiada denominación de «multiversidad», puesta al servicio de una sociedad que tiende, quierase o no, a la tecnocracia. Kerr, hombre liberal, no quería la tecnocracia. Pero fue desbordado, en su posición ecléctica, por el Free Speech Movement (Movimiento de Libre Expresión) de Berkeley, de los años 1964 y 1965. Elegido gobernador (y, «ex officio», Regente) Reagan, la Junta de los Regentes destituyó a Kerr de su Presidencia a principios del año 1967. Y algún tiempo después Charles J. Hitch, que trabajaba —lo que no es accidental— para Rand Corporation, fue nombrado Presidente.

La pretensión de Kerr y, en general, la de los profesores «liberales» con mentalidad moderna, es la de conjugar este carácter «tecnológico» de la universidad con los viejos principios de la «libertad académica» y la dedicación a la investigación y la enseñanza de «la verdad». Ahora bien, ¿es posible siquiera, es de hecho real tal conjugación? La «crisis» de la Universidad americana, de la que hablaremos el próximo día, se pone de manifiesto en su «crítica». Y la crítica de la Universidad americana está en función de la crítica de la Sociedad tecnológica, de la Sociedad americana.

José Luis ARANGUREN

ENTRE «DOLORAS» Y «HUMORADAS»

CAMPOAMOR EN PROVINCIAS

YA nadie lee a don Ramón de Campoamor, y es una lástima. Hasta hace poco, todavía se reeditaban algunos de sus libros, que se vendían, sin duda. Hoy, ni siquiera se le recuerda en los manuales de literatura para bachilleres, y menos aún en los papeles de los críticos. Luis Cernuda y Vicente Gao intentaron defenderle del olvido, pero en balde. Incluso en los años en que estuvo de moda la poesía más o menos llamada «realista», no hubo un solo lirógrafo que tuviese la ocurrencia de desempolvillar las «doloras» y las «humoradas», o el inefable «Tren expreso», donde se podía aprender bastante en técnicas de expresión útiles para aquella breve, confusa, frustrada tentativa. Y que conste que digo esto sin demasiado sarcasmo. Sea como fuere, pienso que vale la pena, de vez en cuando, repasar los rípios de Campoamor. Es una operación divertida. Difícilmente se encontrará, en cualquier lengua, un monumento tan enorme y tan insignificante de vulgaridad intelectual. Pongo «vulgaridad», y no «estupidez», «tontería» o «inepcia». Don Ramón no era precisamente un memo: era vulgar. Y tampoco lo fue en exceso: lo corriente, como la mayoría del vecindario. Pero supo serlo en versos de indiscutible gracia, quizá de involuntario gracejo, y consiguió penetrar en las admiraciones de un público relativamente amplio y duradero. La sociedad española de la segunda mitad del siglo XIX no se podría explicar —a ciertos niveles— sin el recuerdo de Campoamor.

Hay eruditos maliciosos que insinúan la especie de que el «éxito» de don Ramón fue una completa farsa: él mismo se pagaba la edición de sus poemas, a falta de solicitudes comerciales. Desde luego, Campoamor era un rico ocioso y aburrido, que se tomó la literatura como un ejercicio para matar el rato y, de paso, obtener una pequeña aureola de prestigio. Por idénticas razones se dedicó a la política, y aceptó cargos de gobernador civil y un escaño en el Senado. Lo que a él de verdad le gustaba era vegetar, entre su rentita y sus tertulias, como un apacible ciudadano «vulgar» más, dentro de las rutinas de su época y de su clase. Pero también es evidente que, a la larga, su obra alcanzó una envidiable difusión. La poesía española del Ochocientos cuenta con cuatro «fenómenos» de proyección multitudinaria: Espronceda, Campoamor, Bécquer y Zorrilla. La gente aprendía largas series de estrofos emanadas de estos señores, y las repetía en sus momentos de inocencia sentimental. Probablemente, la popularidad de don Ramón fue un tanto tardía. Lo ignoro. En todo caso, aquello de

Las hijas de las madres que amo tanto me besan ya como se besa a un santo,

pudo tener, para él, una versión «profesional». Tal vez no le leyeron mucho sus contemporáneos estrictos: en todo caso, le leyeron los hijos de éstos, y «como» se lee a un santo.

Ni Espronceda, ni Bécquer, ni Zorrilla, producen, a estas alturas, una impresión tan terriblemente «provinciana» como Cam-

poamor. Campoamor es una quintaesencia del viejo «provincianismo» celtibérico, propiciado por Narvájiz y consagrado por Cánovas. Una, entre otras: Aquella «provincia», aún no cancelada, estaba formada por sus tiernas y lúgubres «capitales», o mejor, por las mortecinas «fuerzas vivas» que las encarnaban: pequeños clanes de terratenientes absentistas, individuos de escalafón con toga o entorchado, lentos canónigos, damas embalsamadas en su propio tedio, tenderos de mediana prosperidad, sensatísimos notarios... Es lo que luego, con palabras de don Antonio Machado, Dionisio Ridruejo llamaría «el macizo de la raza», que, por supuesto, se reveló como una fuerza mucho más sólida y agresiva de lo que las apariencias daban a entender. Pero allá por el año 1848 las cosas todavía no se ponían tan téticas. Entonces, don Ramón de Campoamor hasta se atrevía a ser liberal. «¡Qué liberal era yo, cuando aún no lo era la plebe!», escribiera en un instante de recapitulación. Bien mirado, Campoamor fue muy poco liberal: era el típico hombre del «moderantismo», un seguidor del Espadón de Loja, un honorable periquito de la timidez social. Sólo que, con la pluma en la mano, se permitía escarceos y temeridades que los canónigos y los notarios estaban muy lejos de aprobar. Campoamor se las arregló para ser considerado como un «escéptico», aunque sin abusar: un escéptico tolerable.

Quien lo fue de veras es el señor Bartrina, de Reus. Don Joaquín María Bartrina confeccionaba unos versos al lado de los cuales los de don Ramón de Campoamor resultaban pura y anodina agua mineral. Por eso no consiguió tanta audiencia. Campoamor jugaba a nadar y guardar la ropa. Y, con ello, la «provincia» le aceptaba como una dosis de picante, dosis calculada, que de antemano se sabe inofensiva. Es lo que ocurrió en Castellón de la Plana. En 1847 o 48, el general Narvájiz envió a don Ramón para cuidar los destinos de la flamante «provincia» de Castellón. Don Ramón tenía 30 años, y aún debía de ser el personaje barrigudo y canoso, casi patriarcal, de los grabados más conocidos. Soltero y galante, con unos cuantos libros en su haber, ¿cómo no iba a producir una auténtica conmoción en la ciudad de la Plana? Por aquellas calendas, Castellón sumaba 14.000 habitantes: ¿se quiere un caldo más «adecuado» para los cultivos literarios y mundanos del joven Campoamor? Allí se encontró con doña Amelia Fenollosa, que estaba en edad de merecer y practicaba la verificación.

Tengo, Amella, un secreto aquí escondido que me hará enloquecer. Escúchale... más cerca... así... al oído: «Aunque soy ya tan viejo, has de saber...».

reza la «humorada». El idilio se dibuja, entre malicioso y precavido. Pero la señorita Fenollosa acabó casándose con don Joan Mañé y Flaquer, director del «Brusi», caballero muy poco

«campoamoriano». La «provincia» decimonónica nos ofrece estas perplejidades, encantadoras.

En Castellón, don Ramón cumplió como los buenos, en su sitio de «jefe político», es decir, de gobernador civil. De Castellón pasó a Alicante, en 1849; en 1853 le trasladaban a Valencia, ya con el título actual de «gobernador». Nosotros, los residentes entre el Senia y el Segura, consideramos a Campoamor como «de casa». En este país se casó —con una niña alicantina, hija de irlandeses—; le debemos la buena intención de unas cuantas obras públicas generalmente fracasadas, y hasta habríamos de agradecerle su preocupación por alfabetizar a las criaturas indígenas. Como todo político de sistema autoritario, don Ramón fue un entusiasta de las «obras públicas»: caminos, canales y puertos. Pero su condición de literato le inclinaba a estimular la escolarización forzosa de los nenes. Un gobernador civil que escribe versos, y los publica, ha de interesarse en serio en la lucha contra el analfabetismo: tratará de preparar una clientela «hipotética», «virtual», para los engendros de su numen. Desde Castellón, desde Alicante, desde Valencia, Campoamor trabajó incansablemente para que los mocosos nativos acudiesen a la escuela. Chocó con la coriácea resistencia de sus subordinados. «Con respecto a instrucción primaria, no me atreví a llevar adelante mi sistema socialista de hacerla obligatoria...»

Esta última frase pertenece a un libro suyo, medio autobiográfico y medio filosófico, titulado «El Personalismo». Don Ramón de Campoamor se avanzó con mucho a Emmanuel Mounier en la elección de «personalismo» para designar sus efusiones metafisicoides: ventajas de haber nacido cinco años —o casi— antes. El hecho de que el poeta de Santa María de Navia se autocalificase de «socialista», con reticencia o sin reticencia, por querer implantar la instrucción primaria obligatoria, quizá nos haga sonreír. Pero, si nos situamos en el tiempo de Narvájiz, el asunto nos pide la máxima seriedad. Cuestión de idioma aparte, claro está. Y, por cierto, que el episodio valenciano de don Ramón tiene un final muy curioso, en el que la cuestión del idioma pesa lo suyo. En 1854, cuando más tranquilo estaba en el disfrute de su prebenda —no se enteraba de nada—, el pronunciamiento de O'Donnell despertó una amenazadora adhesión entre las masas de la ciudad de Valencia. Campoamor se vio cercado por la muchedumbre adversa, en los locales del Gobierno Civil: el pueblo reclamaba la cabeza del Poncio «moderado». Y tuvo que ser don Francesc Camprodón, justamente el autor del libreto de «Marina», el de «Flor de un día», que Dios sabe por qué casualidad conspiratoria coincidía en Valencia, quien saliese al balcón y aplacase a los amotinados. Camprodón peroró efervescentemente «en lemosín». Don Ramón no tenía una idea nada clara acerca de eso del «lemosín». Pero salvó la piel...

Joaquín FUSTER

PERFILES ALUMINIO
AMPLIA GAMA
Consulte precios
GRANDES ALMACENES
TARRAGONA
Sempulveda, 150. Teléfonos 243-52-16 y 224-25-19

NUESTRAS EXCURSIONES
en autocar a:

Sal.		Ptas.
17-7	Monasterio Piedra	1.700
20-7	París en bandeja	5.550
20-7	Cantabria-R. Gallegas	7.900
20-7	Lourdes-S.S.-Loyola	3.300
20-7	Tirol-Selva Negra	9.980
20-7	Costa Blanca	3.650
20-7	Rías Gallegas	7.900
20-7	Costa Azul	4.600
20-7	Gran Suiza	5.800
20-7	Benelux-París	11.980

Infórmese en su Agencia Viajes
muntserriours
AGAT - 138

MAQUINAS CERRADORAS DE BOLSAS DE PLASTICO



TUNELES DE RETRACTIL



MAQUINARIA PARA ENVASE Y EMBALAJE
INDEMO Maestro Juan Corrales, 12 - Tel. 2710632
ESPLUGAS DE LLOBREGAT (Barcelona)

RESIDENCIA UNIVERSITARIA LA SALLE
calle Reus, 20. Teléfonos 211-02-28 y 247-30-89. Barcelona - 6
Curso 1970-71. — Plazas limitadas
ABIERTA LA INSCRIPCIÓN